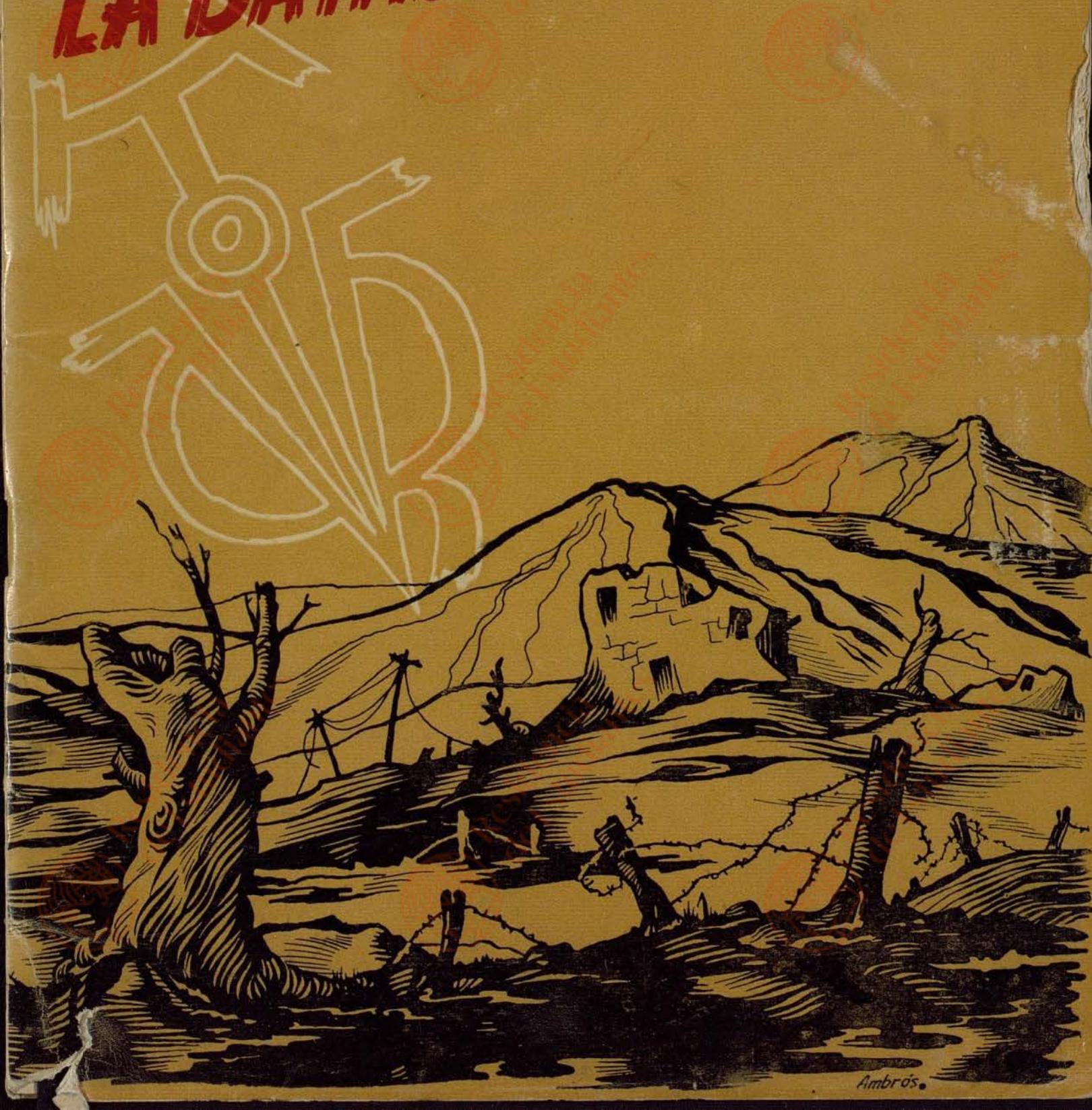


LA BATALLA DEL EBRO



Ambros.

Residencia
de los estudiantes

Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

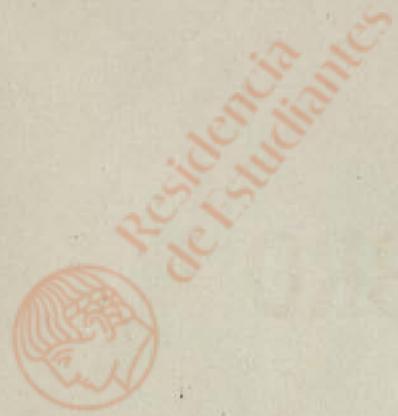


Residencia
de Estudiantes



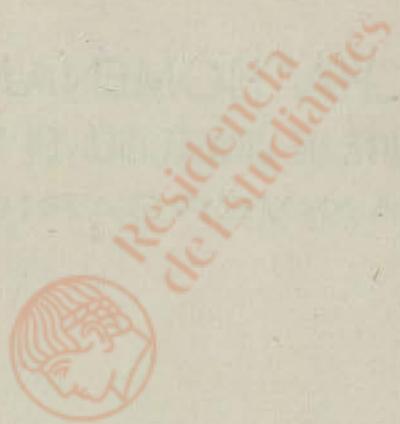
Residencia
de Estudiantes

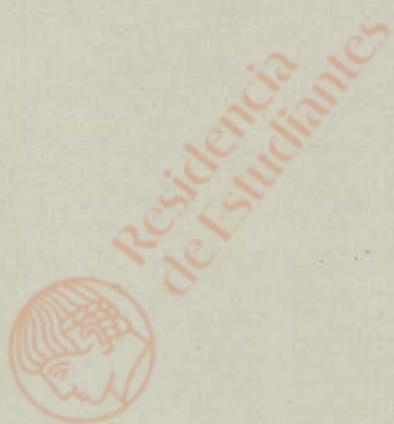




LA BATALLA DEL EBRO

MARCHA - HOMENAJE
DEL FREnte DE JUVENTUDES EN EL
XV ANIVERSARIO

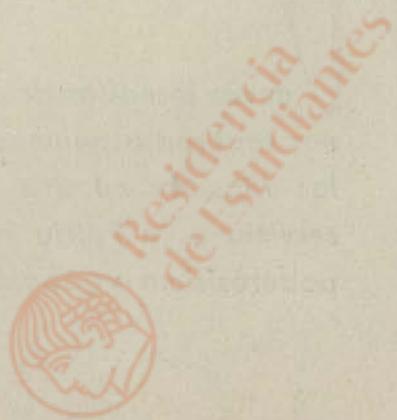




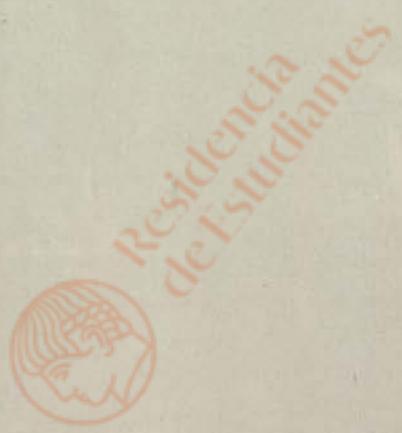
N

uevas jornadas de lucha y de gloria
nos esperan a quienes hacemos, desde
las filas de nuestro Movimiento, del
servicio a la Patria inquebrantable y
poderosísima vocación.» — FRANCO









PORTICO



ODOS los veranos —en esa época del año que el viejo calendario signó como clásicamente exclusiva de holganza y siesta—, el Frente de Juventudes, dentro del gran volumen de sus actividades estivales, realiza una marcha nacional de gran estilo. Las vacaciones en los habituales trabajos y estudios de los camaradas se aprovechan así bien en el doble propósito que fundamenta esta actividad.

De una parte, atender a la mejor formación de los muchachos en la espléndida escuela, de alegría en el servicio y voluntad en el sacrificio, que la marcha representa con su dureza y dificultades. Lograr la entrañable convivencia de escuadras y centurias de todas las provincias, de todas las regiones... Enseñar a los camaradas los horizontes de su Patria; ponerles en contacto con pueblos y tierras distintos de los suyos. Hacerles vivir las conmemoraciones en honor de los grandes españoles que fueron, de las excelsas gestas pasadas, para hacerles sentirse obligados a ser dignos de aquellas ejecutorias, herederos de aquellas grandezas, mandatarios de los santos, los héroes y los genios que dieron honra a la Patria.

De otra parte, dar a conocer a la sociedad española, con el realce de una amplia acción conjuntada, el quehacer, el espíritu y los afanes de las nuevas promociones que militan en el frente falangista de la juventud.

Si el pasado año marcharon las Falanges Juveniles de Franco a Barcelona —con ocasión de la gran convocatoria del Congreso Eucarístico— y a Javier, para honrar al genial misionero español, San Francisco, en el centenario de su muerte, en este agosto peregrinan a Gandesa para rememorar aquella decisiva batalla de nuestra Cruzada, que, hace ahora quince años, se libró en las llanuras, picos y sierras que frente a ella se abren y alzan.

La batalla del Ebro, llave maestra de la victoria de España, en el propio escenario en que se libró, será recordada fielmente por la representación de la juventud que a él acude, en

Residencia de Estudiantes

esforzada y andariega marcha. El millar de camaradas de toda España del Campamento de Mados «Francisco Franco» y centurias de Aragón, Levante y Cataluña —cientos de escuadras formadas por hermanos y por hijos de quienes hace quince años, quizá, estuvieron en trincheras opuestas— revalidarán con su fervor y su presencia la gran victoria definitiva que, para la Patria, el Pan y la Justicia, allí empezó claramente a alborear. Reafirmarán su propósito decidido de que aquella victoria de las armas fructifique en la gran revolución pendiente que impida la esterilidad del sacrificio de un millón de españoles.

Este es el gran simbolismo de la marcha nacional del Frente de Juventudes al Ebro.

Para ti, camarada, que vas a realizarla; que vas a pisar con respeto las sierras y lomas que tanta sangre española empaparon, ha sido realizado este trabajo. Para que tengas una visión clara y concreta de lo que la batalla del Ebro fué y de cómo se desarrolló.

La pluma brillante, rigurosa y al tiempo apasionada de nuestro camarada Salvador López de la Torre —que estuvo con su fusil de soldado presente en la hazaña guerrera— es la autora de su glosa y su canto. Buen título el de nuestro camarada para escribir sobre ello.

Pasa, pues, sin más, a las páginas que te esperan. Son la crónica de glorias recientes, incorporadas ya al gran libro de nuestra Historia. Lee, camarada.

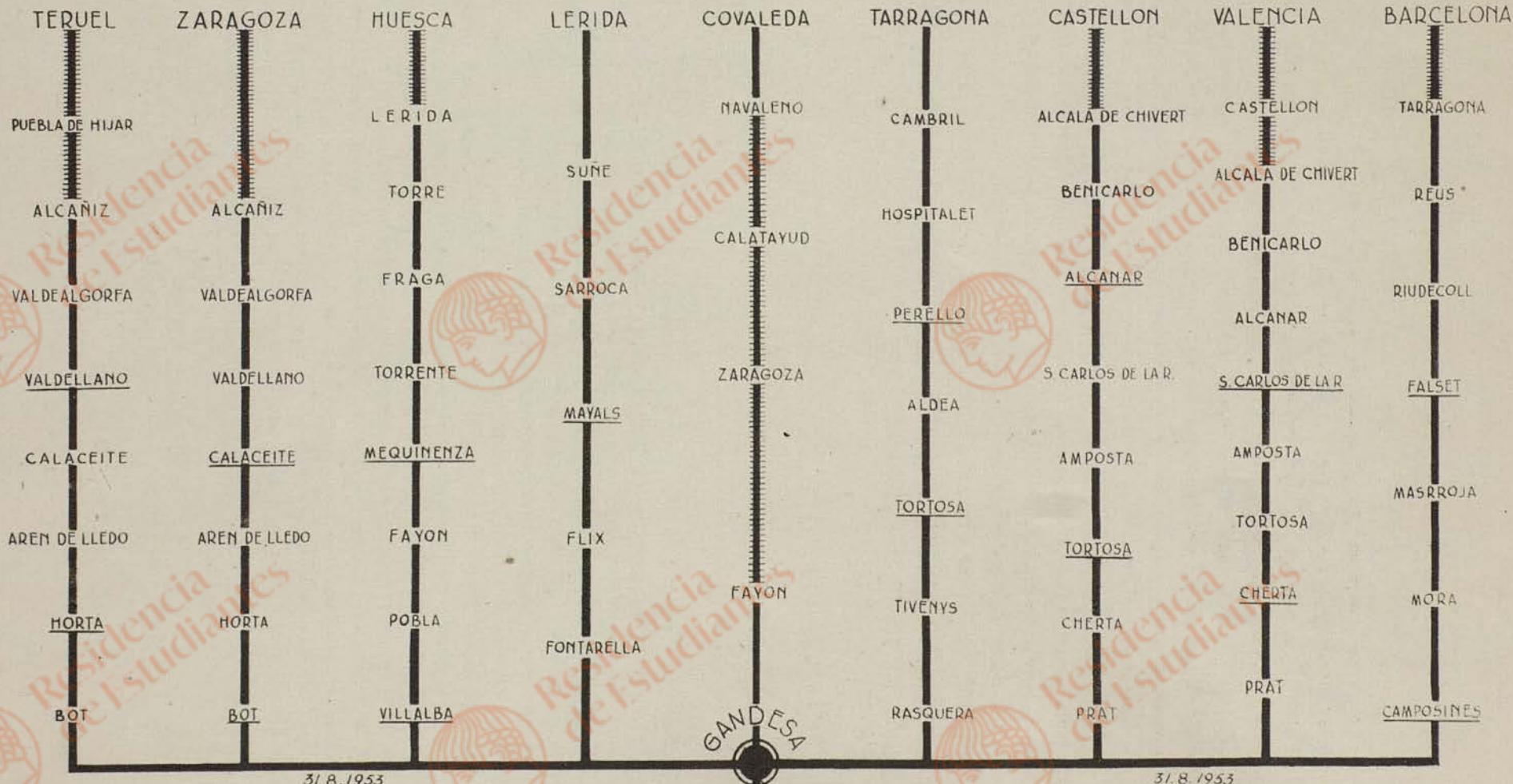
Madrid, agosto de 1953

,VIVA FRANCO! ¡ARRIBA ESPAÑA!



PLAN NACIONAL DE MARCHAS A GANDESA

EN CONMEMORACION AL XV ANIVERSARIO DE LA BATALLA DEL EBRO



■ Recorrido en f.c.
— Recorrido a pie
— Marcha radial.
— VALDELLANO Desconso.

(2.9.1953) PANDOL'S
MORA (4.9.1953)
MORA LA NUEVA (Dislocación general)
GIRONESES (3.9.1953)



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

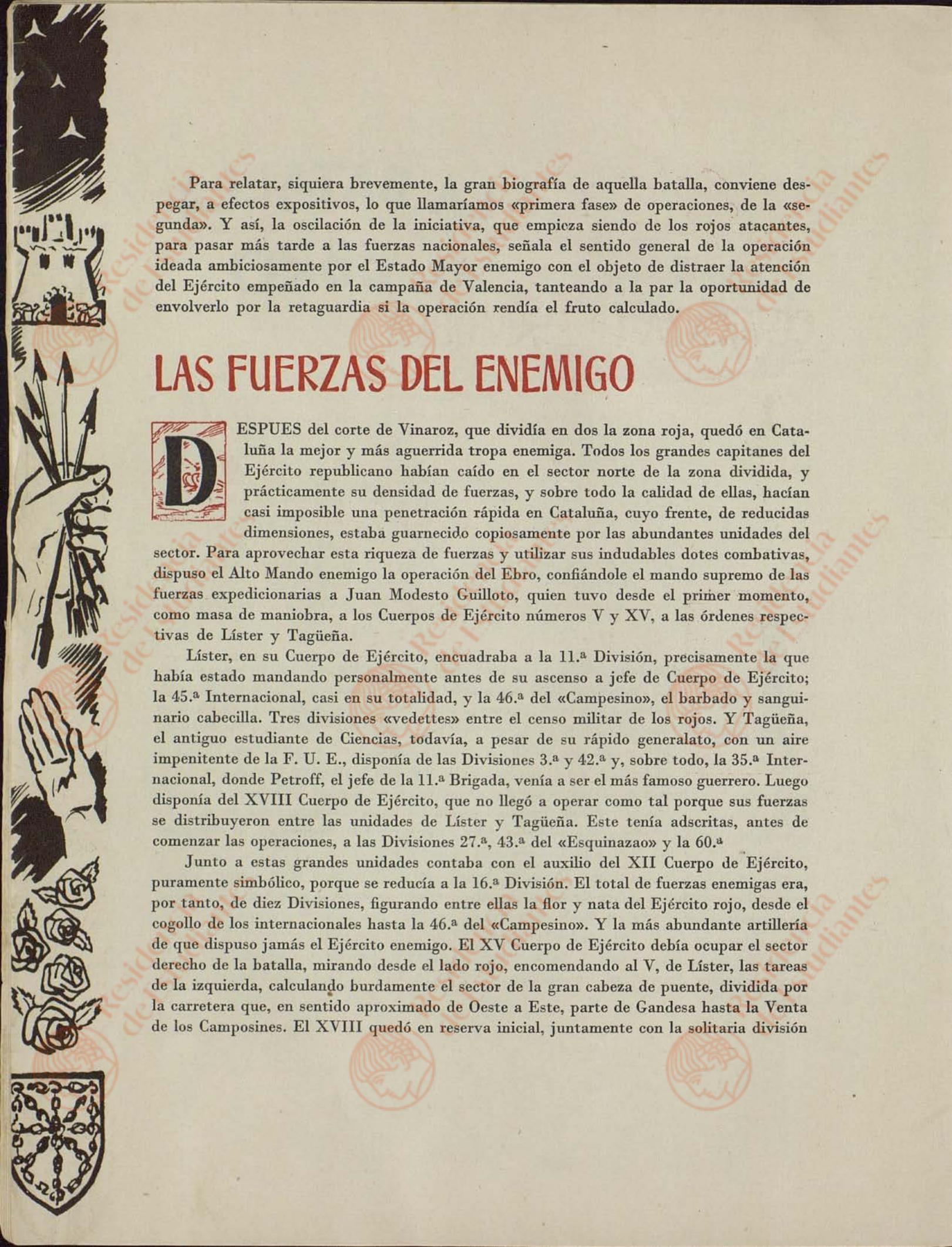


Residencia
de Estudiantes

LA BATALLA del EBRO



A batalla del Ebro comenzó exactamente a las cero quince horas del día 25 de julio de 1938, rompiendo el Ejército enemigo el frente a lo largo del río Ebro, desde la confluencia con el Segre, en Mequinenza, hasta su desembocadura en Amposta. Entre todas las anteriores operaciones planteadas por el Ejército rojo, ninguna tuvo la ambición, la franca audacia y la riqueza de medios que ésta, y ninguna ofreció, por tanto, igualmente tan resonantes pretextos para plantear entre sus límites la batalla resolutiva de la guerra. Una batalla donde Franco cumplió las bases fundamentales de su estilo estratégico, fijando al adversario donde atacaba y destruyéndolo. Tiene, pues, el gigantesco combate del Ebro dos fases completamente distintas, que pertenecen a los dos signos contrarios de la batalla. En primer lugar, la ruptura del Ejército rojo y su avance por el terreno conquistado a través de lo que geográficamente se llama la gran curva del Ebro. En segundo lugar, y una vez fijado el avance del enemigo por nuestras fuerzas de contención, Franco inicia la más profunda batalla de desgaste conocida en nuestra campaña. Y con la culminación victoriosa de su empeño se abren las puertas de Cataluña a los Ejércitos nacionales. Acontecimiento que significaba, justamente, el final triunfante de la contienda.



Para relatar, siquiera brevemente, la gran biografía de aquella batalla, conviene despegar, a efectos expositivos, lo que llamaríamos «primera fase» de operaciones, de la «segunda». Y así, la oscilación de la iniciativa, que empieza siendo de los rojos atacantes, para pasar más tarde a las fuerzas nacionales, señala el sentido general de la operación ideada ambiciosamente por el Estado Mayor enemigo con el objeto de distraer la atención del Ejército empeñado en la campaña de Valencia, tanteando a la par la oportunidad de envolverlo por la retaguardia si la operación rendía el fruto calculado.

LAS FUERZAS DEL ENEMIGO

DESPUES del corte de Vinaroz, que dividía en dos la zona roja, quedó en Cataluña la mejor y más aguerrida tropa enemiga. Todos los grandes capitanes del Ejército republicano habían caído en el sector norte de la zona dividida, y prácticamente su densidad de fuerzas, y sobre todo la calidad de ellas, hacían casi imposible una penetración rápida en Cataluña, cuyo frente, de reducidas dimensiones, estaba guarnecido copiosamente por las abundantes unidades del sector. Para aprovechar esta riqueza de fuerzas y utilizar sus indudables dotes combativas, dispuso el Alto Mando enemigo la operación del Ebro, confiándole el mando supremo de las fuerzas expedicionarias a Juan Modesto Guilloto, quien tuvo desde el primer momento, como masa de maniobra, a los Cuerpos de Ejército números V y XV, a las órdenes respectivas de Líster y Tagüeña.

Líster, en su Cuerpo de Ejército, encuadraba a la 11.^a División, precisamente la que había estado mandando personalmente antes de su ascenso a jefe de Cuerpo de Ejército; la 45.^a Internacional, casi en su totalidad, y la 46.^a del «Campesino», el barbado y sanguinario cabecilla. Tres divisiones «vedettes» entre el censo militar de los rojos. Y Tagüeña, el antiguo estudiante de Ciencias, todavía, a pesar de su rápido generalato, con un aire impenitente de la F. U. E., disponía de las Divisiones 3.^a y 42.^a y, sobre todo, la 35.^a Internacional, donde Petroff, el jefe de la 11.^a Brigada, venía a ser el más famoso guerrero. Luego disponía del XVIII Cuerpo de Ejército, que no llegó a operar como tal porque sus fuerzas se distribuyeron entre las unidades de Líster y Tagüeña. Este tenía adscritas, antes de comenzar las operaciones, a las Divisiones 27.^a, 43.^a del «Esquinazao» y la 60.^a.

Junto a estas grandes unidades contaba con el auxilio del XII Cuerpo de Ejército, puramente simbólico, porque se reducía a la 16.^a División. El total de fuerzas enemigas era, por tanto, de diez Divisiones, figurando entre ellas la flor y nata del Ejército rojo, desde el cogollo de los internacionales hasta la 46.^a del «Campesino». Y la más abundante artillería de que dispuso jamás el Ejército enemigo. El XV Cuerpo de Ejército debía ocupar el sector derecho de la batalla, mirando desde el lado rojo, encomendando al V, de Líster, las tareas de la izquierda, calculando burdamente el sector de la gran cabeza de puente, dividida por la carretera que, en sentido aproximado de Oeste a Este, parte de Gandesa hasta la Venta de los Camposines. El XVIII quedó en reserva inicial, juntamente con la solitaria división

del XII. Se puede calcular en 100.000 hombres los efectivos de la infantería roja, a los que debían sumarse tres batallones de tanques y 80 baterías de artillería, junto con 16 baterías antiaéreas de 20 milímetros, cinco de 40 y seis de 72,2. En total, la masa más considerable que una ofensiva roja había movilizado jamás.

COMIENZA LA MANIOBRA



las cero quince horas del día 25 de julio, festividad de Santiago, comenzó el cruce del río por varios puntos, elegidos concienzudamente por los rojos. Frente a ellos se extendía la débil cortina de la 50.^a División nacional, diluida en un frente demasiado largo, desde Mequinenza hasta Cherta. Allí se hacía cargo de la línea la 105.^a del coronel López Bravo, encargada de vigilar hasta el mar.

La sorpresa y la contundencia del choque desorganizaron nuestras líneas, forzadas a replegarse en el centro del dispositivo, aunque en las alas se resistiese bien, hasta el punto de que la 105.^a le bastaron unas horas para liquidar la infiltración roja en Amposta, realizada por fuerzas de la 45.^a División roja. Fuerzas que fueron exterminadas en brevísimo plazo. Por el norte de la bolsa, en Mequinenza y en Fayón, resistían también los soldados de Franco, cortando en dos el frente rojo para dejar una pequeña bolsa entre ambos pueblos. Pero podemos reseñar, con palabras del mismísimo Juan Modesto Guilloto, la «Idea de la Maniobra», dictada a sus fuerzas:

Una división cruzará el río por la región de Ribarroja y ocupará la sierra de Fatarella y el pueblo de este nombre, buscando el enlace por su izquierda con la otra división que habrá cruzado el Ebro por la región de Ascó y que, tomando como eje de marcha la carretera de Gandesa a Flix, ocupará en primer lugar el cruce y la Venta de Camposines, para continuar después por la sierra de Lavall de la Torre, hasta establecer contacto con las fuerzas del V Cuerpo de Ejército en el vértice Caballs, manteniendo una vigilancia y ocupando si es preciso la serie de alturas que desde el mencionado cruce sigue una dirección suroeste-noroeste. Otra división seguirá las incidencias para ser empleada en el tiempo oportuno.

En el sector Sur, una brigada cruzará el río por Benifallet y rápidamente ocupará las alturas que dominan la orilla izquierda del río Canaletas y la sierra de Vallplana, extendiéndose hacia el Noroeste, buscando contacto con las fuerzas de una división que habrá pasado el río por la región de Ginestar, que tomando como eje la carretera de Gandesa a Tortosa, marchará hacia Pinell y remontará la sierra de Caballs para enlazar por su derecha en el vértice de este nombre con las fuerzas del XV Cuerpo de Ejército.

Los rojos avanzaron en los primeros momentos, según este plan, ocupando Flix, Fatarella, Mora de Ebro, Benisanet, Miravet y Pinell, subiendo a las sierras de Pandolls y Caballs y llegando hasta las mismas puertas del pueblo de Gandesa, donde fueron detenidos por las primeras unidades de la 13.^a División del general Barrón, gran unidad de reserva en el Cuerpo de Ejército Marroquí, a cuyo sector general pertenecía el frente invadido.

Precisamente los rojos encargaron el asalto de Gandesa a las fuerzas de la 35.^a División, una de sus mejores unidades, encuadrada en el XV Cuerpo de Ejército. Pero justamente allí tuvieron que detenerse, estabilizándose, en cierto sentido, la línea a base de luchar nuestras tropas contra efectivos mil veces superiores en número. El 26 de julio llegaron las fuerzas rojas a las primeras casas de Gandesa. Los ataques para ocuparla duraron incesantemente hasta el día 3 de agosto. El 4 puede decirse que el frente comenzaba a tomar perfil fijo y que el golpe de sorpresa rojo había quedado detenido en toda su extensión.

Sin pretender un dibujo exacto del máximo avance rojo, alcanzado durante los días iniciales del golpe, se puede esbozar una línea que, partiendo de Mequinenza, abombaba el frente hasta volver al río en Fayón, constituyendo una pequeña bolsa independiente al norte de la zona elegida por los rojos como teatro de su esfuerzo principal. Este empezaba en Fayón y seguía, aproximadamente, la línea de la carretera a Gandesa, de Norte a Sur, dejando en nuestro poder los pueblos de Pobla de Masaluca, Vilalba de los Arcos, Gandesa, Prat de Conte, entre los macizos de Puig Caballé —que siempre permaneció en manos nacionales—, y Pandols, que fué rojo, buscando Cherta, casi al mismo borde de la línea de fuego. Los rojos, por tanto, habían ocupado la totalidad de la gran curva del Ebro siguiendo un esquema táctico elemental que aconseja realizar las operaciones de paso de río allí donde el cauce forme una curva entrante en el propio terreno para de esta forma tener los flancos protegidos y cortar el río desde el comienzo de la curva hasta su final, como a través de un hipotético canal que resolviese en un sentido recto el arco natural formado por el río.

SE TAPONA LA BRECHA



PARA guardar aquel improvisado frente, S. E. el Generalísimo había conducido a toda velocidad al escenario de la batalla a la 84.^a División del coronel Galera, a la 82.^a de Delgado Serrano, a la 74.^a del coronel Arias, a la totalidad de la 13.^a, ya citada, del general Barrón; a la 4.^a de Navarra, del general Alonso Vega, y a la 102.^a, del general Castejón. Con ellas pudo taponarse la brecha y recuperar en gran parte la iniciativa, rea-



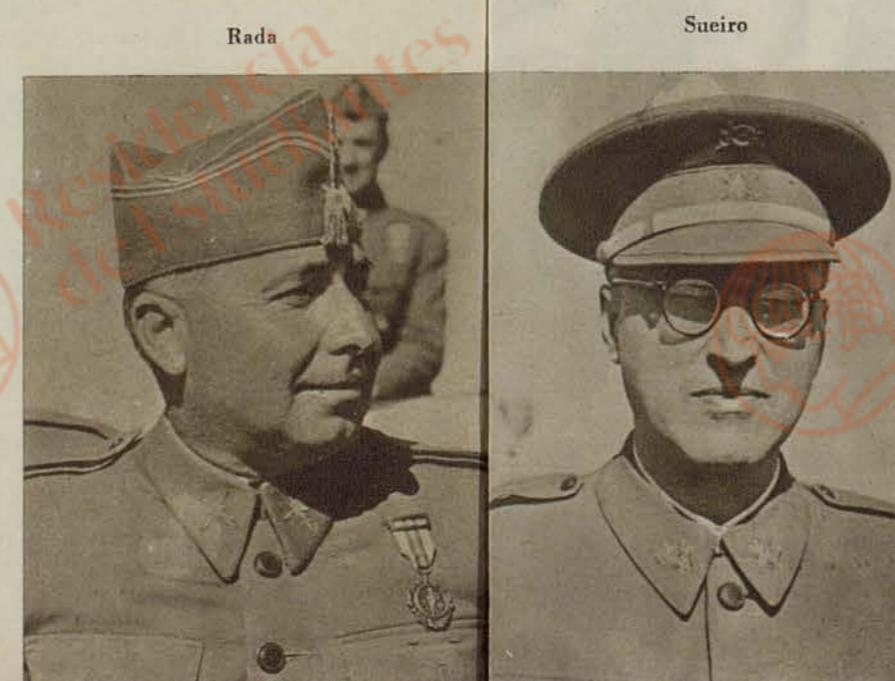
Barrón

Delgado Serrano



Mizzian

Castejón



Rada

Sueiro

lizando pequeñas, aunque costosísimas operaciones de rectificación. Desde entonces hasta el comienzo de la gran ofensiva nacional se iban a reñir graves refriegas, encargadas de preparar la línea, adaptándola, en lo posible, para iniciar la última fase de desgaste, donde culminaría el combate del Ebro. Estos choques, por su cruelísimo desarrollo y la encarnizada manera de combatir, empezaron a darle al Ebro unas características dramáticas de batalla sin igual en la historia de nuestra campaña.

Todas aquellas fuerzas pertenecían al Ejército del Norte, que mandaba el general don Fidel Dávila Arrondo, capitán de la masa de maniobra más activa del Ejército nacional, teniendo como jefe de Estado Mayor a don Juan Vigón, experto militar de altísima clase y uno de los cerebros castrenses mejor organizados de que dispone nuestra Patria. En estrecho contacto con Franco, tanto el general Dávila como el general Vigón iban a llevar la dirección suprema de la batalla, utilizando todas las fuerzas reseñadas y de su brava experiencia, curtidas en las campañas del Norte y Aragón y en el avance nacional hacia el Mediterráneo, pudiendo sacarse provechosas ventajas tácticas sobre el enemigo.

La defensa del «Pico de la Muerte», como llave de Gandesa, y las operaciones de la 84.^a División, del coronel Galera, para apoderarse de los primeros contrafuertes de la sierra de Pandols —concretamente de la cota 626— representan los tanteos de estas oportunas reacciones militares.

LA BOLSA DE FAYON Y MEQUINENZA



L día 6 de agosto se ataca la pequeña bolsa establecida entre los pueblos de Fayón y Mequinenza, acometiendo la empresa, a las órdenes del general Delgado Serrano, una agrupación formada con unidades entresacadas de varias divisiones, bajo el mando inmediato del teniente coronel Torrente, jefe de la 3.^a Agrupación de la 4.^a División de Navarra, que operaba, en aquel entonces, al extremo derecho del frente, a bastantes kilómetros de distancia, al sur de Prat de Conte. Este detalle indica la rapidez de concepción del Ejército nacional combinando elementos de lucha con medios de emergencia y pudiendo con ello resolver graves problemas tácticos. La operación debía partir del cruce de caminos de Gilabert, atacando el Alto de los

Auts, que, como una enorme cresta, se levanta sobre el terreno llano y bastante regular. Allí precisamente había mandado el Caudillo que se rompiese la línea roja, dictando una orden, que reproduce Manuel Aznar en su *Historia militar*, cuyo texto debe ser conocido para comprender la constante dirección que de toda la batalla del Ebro tuvo Franco desde el primer momento:

La reducción de la bolsa de Mequinenza es cosa fácil, atacándola en la zona cuya operación tiene predominio sobre las demás, que es la divisoria señalada por el Alto de los Auts, ya que cualquier maniobra de envolvimiento por el Sur colocaría a las tropas propias en difícil situación, tan pronto se separen de sus bases, pues quedan bajo las ametralladoras del Alto de los Auts.

Siguiendo el consejo del Caudillo en todas sus partes, se realizó la operación por las citadas cuatro unidades, que debían atacar un sector defendido por la 42.^a División roja, casi íntegramente comprometida en la pequeña bolsa. Hubo una seria preparación artillera de casi 25 baterías nacionales, saliendo la infantería de la 17.^a Bandera de la Legión como una tromba contra el Alto, que estaba perfectamente fortificado. Fué un golpe rápido, como una estocada, dirigido por Torrente con su especial sello de velocidad en el combate. Y apenas en media hora quedaba ocupado el macizo central y se habían invertido los órdenes del despliegue, porque eran ahora los rojos quienes, de dominadores, comenzaban a ser dominados. La persecución se hizo durante todo el día, luchando las tropas con la más espantosa sed que puede imaginarse, por la absoluta carencia de agua en toda la zona. Resulta



inolvidable el espectáculo de los soldados mojándose los labios en el barro de una charca mínima, conservada allí por algún misterio geológico. Al día siguiente, 7 de agosto, llegaban las fuerzas al borde del río, liquidándose totalmente la bolsa, según los planes de Franco. Reducidos los dos ataques de las alas rojas, tanto en Mequinenza como en Amposta, quedaba el problema de la gran cabeza de puente de Gandesa, donde ambos Ejércitos debían reñir la más gigantesca pelea de la guerra. Pero aún antes de acometer la batalla final era preciso realizar otras operaciones, cuyo éxito ciertamente hubiese podido adelantar la suerte de la campaña.

LA ENDIABLADA SIERRA DE PANDOLS



L 11 de agosto se dispone por el Mando que la 4.^a de Navarra —la de Vinaroz—, dividiendo en dos la zona roja, partiendo de las estribaciones alcanzadas en la sierra de Pandols por la 84.^a en sus primeras luchas, tratase de conseguir el dominio del macizo en su totalidad. La cota 698 se alcanza después de un feroz combate, rechazando al enemigo y persiguiéndolo en dirección a las 671 y 705. Pero un contraataque rojo obliga a nuestros hombres a replegarse desde estas dos últimas posiciones, estableciendo una línea provisional en la 698, dominada por los fuegos de la 705, bastante más alta y de buena defensa natural. Defiende las posiciones rojas la 11.^a División del Cuerpo de Ejército de Líster, reforzada con la 46.^a, del «Campesino», y prácticamente ataca la totalidad de la 4.^a de Navarra, que infringe al enemigo una cantidad terrible de bajas.

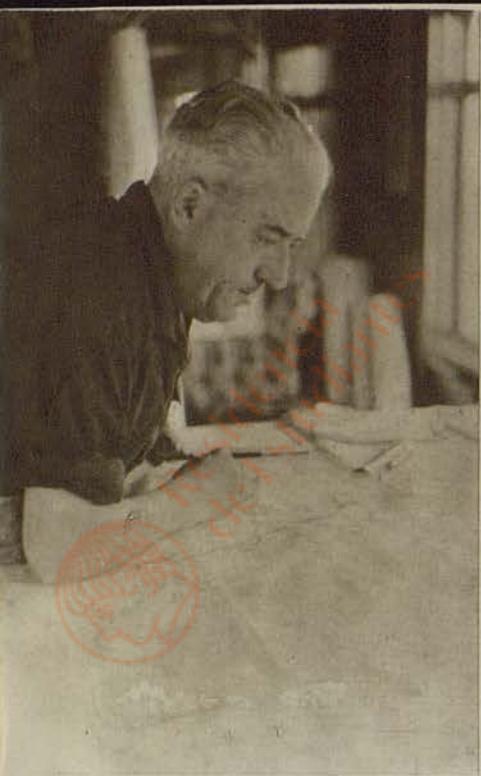
Estas bajas producen fuertes reacciones de malestar entre el mando rojo y los subordinados, sobre todo en el Cuerpo de Ejército de Líster, donde los fracasos de Pandols quieban la carrera meteórica del «Campesino» al frente de la 46.^a División, perdiendo el mando, en unión de su compañero de generalato en la 45.^a A los viejos guerrilleros les suceden los comandantes López Tovar, al frente de la antigua división del «Campesino,



Vigón

Dávila





Yagüe



Gareía Valiño



Alonso Vega

y Ramón Soliva, en la 45.^a Internacional. Tanto uno como otro son dos milicianos ascendidos al mando de División por méritos políticos. Exactamente igual que sus antecesores. Hombres de absoluta confianza de Líster, ambos venían a sustituir a la pareja caída en desgracia por culpa de la sierra de Pandols.

Días más tarde, un tabor de Regulares, al mando del comandante Pérez Viñeta, filtrándose por el camino que se abre entre el macizo del Puig Caballé y Pandols, consigue encaramarse, en un verdadero alarde de audacia, sobre la 671, que ocupa en su totalidad, flanqueando y aliviando así la posición de las fuerzas situadas en la 698, que logra liberar de esta manera uno de sus costados, para atacar de nuevo la 705, donde muere como un héroe de mitología el capitán Félix Fernández, un hombre ejemplar que andaba en la guerra con setenta y dos años en la cédula y una alegría inaudita de adolescente brincándole en el corazón. Aunque fueron muchos los miles de bajas que allí sufrió la 4.^a División, puede ser considerado el capitán Fernández como ejemplo de lealtad y gallardía casi sobrehumana, y su muerte, rodeado de enemigos, lanzando bombas de mano entre los picachos de Pandols hasta el último aliento, significa una clara lección de bizarría, capaz de destacar entre tantas como allí se sucedieron.

Es preciso, para entender en toda su magnitud la grandeza de aquellas operaciones, conocer el endiablado relieve de la sierra, cortado a pico como el más terrible paisaje montañoso, en el que los hombres debían realizar un trágico alpinismo sostenido con bombas de mano, y donde los heridos caían despeñándose por barrancuras de centenares de metros. Lo costoso de aquellas operaciones y su inevitable lentitud decidieron cambiar la zona de acción ofensiva al sector de Villalba de los Arcos, donde atacan fuerzas de la 82.^a, de Delgado Serrano, y la 74.^a, de Arias, apoyadas por algunas de la 102.^a, en dirección al vértice «Gaeta», que cae en poder de los atacantes al cuarto día de ofensiva. Pero de nuevo se repite la historia de Pandols, y los avances resultan casi imposibles. En la memoria de la 13.^a División, refiriéndose a estas operaciones, se escribe con patético y seco laconismo militar:



El día 22 se ocupaba el vértice «Gaeta», a pesar de lo cual el avance se hace cada vez más lento. El Mando decide romper por otro punto.

Es el momento en que Franco sabe reorganizar sus fuerzas, aumentando los efectivos combatientes con la presencia de la 1.^a División de Navarra, la vieja unidad de García Valiño, una entre las mejores del Ejército nacional, traída desde la sierra del Espadán para lanzarla también al combate del Ebro.





DOS COLOSOS: YAGÜE Y GARCIA VALIÑO

SE combinan entonces, durante aquellos posteriores días del mes de agosto, las fuerzas nacionales en dos Cuerpos de Ejército, situados, respectivamente, a derecha e izquierda de la carretera que, desde Gandesa a Mora, cruza, aproximadamente, el frente por su mitad, dividiéndole en dos partes casi equivalentes. A la izquierda de la carretera, el Cuerpo de Ejército Marroquí, bajo el mando del general Yagüe, con las 13.^a y 4.^a Divisiones de Navarra como elementos inmediatos de choque flanqueadas en la línea por la 74.^a, la 102.^a y la 152.^a, del general Rada, también traída al frente del Ebro.

Era el Cuerpo de Ejército puesto a las órdenes del general Yagüe una síntesis de los valores individuales de su jefe, el de la gran ofensiva desde Sevilla a Madrid, al mando de las tres célebres columnas de Castejón, Asensio y Barrón. Los del avance por Talavera a Badajoz, Navalmoral, Oropesa, Talavera y Maqueda. El general Yagüe, de la Ciudad Universitaria y de la batalla de Brunete. Como datos para la gran Historia se pueden añadir que el Cuerpo de Ejército Marroquí se organiza el 8 de noviembre de 1937, exactamente cuando el frente del Norte había caído totalmente, y Franco prepara su masa de maniobra sobre el resto de la zona enemiga. Y ya al frente del Cuerpo de Ejército Marroquí, Yagüe interviene en la batalla de Teruel, formando parte del amplio plan de maniobras previsto por el Caudillo, y ataca y conquista el 3 de abril de 1938 la ciudad de Lérida. Desde entonces hasta el golpe rojo Yagüe manda el gran sector del Ebro, fraguándose precisamente en su zona aquella decisiva batalla.

A la derecha de la carretera se monta el recién creado Cuerpo de Ejército del Maes-

trazgo, a las órdenes del general García Valiño, integrado por las Divisiones 1.^a de Navarra, 84.^a, 82.^a y la 53.^a del coronel Sueiro, nueva gran unidad también en la batalla.

El Cuerpo de Ejército del Maestrazgo había tenido como origen aquella «Agrupación de Divisiones de Enlace», prácticamente un Cuerpo de Ejército ordinario, que actuaba casi de incógnito tras de semejante denominación. La Agrupación de Divisiones de Enlace tuvo como núcleo inicial la 1.^a de Navarra, cuyo mando ejerció hasta entonces el general García Valiño, pero que al ampliar sus funciones escuetas con nuevas unidades había recibido esta calificación superior. De la Agrupación primitiva se pasó al Cuerpo de Ejército del Maestrazgo por evidentes exigencias de la campaña, tomando este nombre porque fué precisamente en la montuosa zona del Maestrazgo donde García Valiño dirigió a su Agrupación de Divisiones de Enlace en el avance hacia el Sur, una vez que las fuerzas nacionales habían cortado en dos la zona roja, después de Vinaroz, avanzando en busca de Castellón.

Realmente, con el mes de septiembre comenzaba la ofensiva de desgaste ideada por el Generalísimo como base de su maniobra. Alineados los dos poderosos Ejércitos frente a frente, contaban los rojos con la tremenda ventaja de monopolizar los observatorios de Pandols y Caballs, dominantes sobre la llanura de Gandesa, que convertía el despliegue nacional en un cuadro sin secretos para los artilleros rojos, encaramados en aquella privilegiada posición. El detalle debe tenerse en cuenta para cualquier estudio de aquella batalla, porque durante toda la campaña del Ebro las fuerzas nacionales debieron moverse bajo la implacable vigilancia de la artillería roja, dotada con observatorios, casi a retaguardia de nuestras propias líneas, capaces de ver cómodamente lo que pasaba en la contrapendiente favorable del frente nacional. Protegido un soldado nacional del fuego de fusilería enemigo, quedaba, sin embargo, a la vista del observatorio rojo, que podía con toda precisión dirigir el fuego contra las fuerzas teóricamente cubiertas. En realidad, la artillería roja conocía al dedillo el último movimiento de las fuerzas nacionales a través de esta inspección, que el especial relieve de la zona permitía al propietario de las zonas de Caballs y Pandols. Pero aún con esta dificultad, la batalla se planteó con un sello de audacia asombrosa, camino de la resolución final. El general García Valiño escribió, sobre la situación militar de aquel instante, las siguientes palabras:

Aferrado el enemigo al terreno, con una gran moral de resistencia a toda costa, favorecido por las condiciones especiales de aquél, cubierto de bosque alto, ondulado, en sucesión interminable de contrafuertes paralelos e idénticos, terreno ideal para una defensa escalonada en profundidad, se le presentó al Mando nacional la ocasión de destrozar materialmente al adversario mediante una táctica de castigo, caracterizada por el empleo de grandes masas de artillería y de aviación en acciones con objetivos limitados y pequeñas unidades de Infantería, que desarrolló en la dirección general Gandesa-Venta de Camposines, al norte y al sur de la carretera. Esto proporcionaría una zona de despliegue más amplia y prepararía la contraofensiva final. Con este objeto se inició el 3 de septiembre la ruptura por el frente de Gandesa...

EL 3 Y EL 4 DE SEPTIEMBRE



EALMENTE, aquella mañana se puede decir que comenzó el principio del fin. Bajo un cielo purísimo de verano debía iniciarse la ofensiva nacional mejor construída de la campaña. Las más bravas unidades y las más famosas, se escalonaban entre barrancos, donde las viñas ofrecían la dulce tentación de sus racimos; bajo avellanos cargados de su mínimo fruto, abrigado en la dura cápsula de madera. Se extendía por el frente ese silencio expectante de los grandes sucesos, y las unidades que no actuaban en aquella concreta ocasión afilaban sus prismáticos hacia el borde de Gandesa, por donde se había decidido la primera ruptura. Exactamente al Oeste de Gandesa se alzan los cerros de los Gironeses, fortificados por el enemigo con aquel lujo febril de excavaciones que parecían tener patentado. Antes de ellos, como avanzadilla, la loma de los Tanques era un obstáculo inicial. Y preparadas para correr la tremenda pólvora del asalto, dos unidades de la 1.^a de Navarra: la 5.^a Bandera de Falange, al mando del capitán García Rebull, y un tabor que, desde el «Pico de la Muerte», debía flanquear el avance de los falangistas por la derecha. A las nueve en punto terminaba la preparación artillera, conjurada como una tempestad de fuego sobre el labio de los Gironeses. Una capa de humo denso, compacto, palpitante, envolvía las trincheras rojas. Y los falangistas de García Rebull partieron a esa prueba de correr los cien metros contra la muerte. La loma de los Tanques quedó salvada limpiamente con el gesto elástico de un saltador camino de la meta. En los Gironeses todavía reinaba un mortal desconcierto ante la rapidez de la maniobra. Un puesto de mando de Brigada, con su plana mayor íntegra, fué sorprendido por los falangistas de Navarra, que ocuparon en poco más de media hora todo el conjunto fortificado, mientras la unidad que debía romper a su derecha tenía que regresar al punto de partida, abrumada por el fuego gravísimo que recibía. Pero el frente se había roto en su sector más delicado, y era posible continuar el avance. La Medalla Militar individual se colgaba del pecho de Rebull con la sigla «3 septiembre 1938».

FRANCO, EN EL COLL DEL MORO



sobre el cielo, el zumbido de los motores de aviación parecían acordes en entonar un compás triunfante. Mientras todos los soldados sabían que en el puesto de mando del coll del Moro, próximo a ellos, los ojos de Franco vigilaban cada movimiento de sus tropas como un verdadero capitán. Allí se ha relatado la anécdota siguiente, muy popularizada, pero siempre valiosa para componer la silueta moral de aquellos días inolvidables:

Desde su puesto de mando en plena sierra, el general Franco dirige la batalla con serenidad y esa clara visión de las situaciones que caracterizan su

acción militar. En la lucha cotidiana que se desarrolla ante sus ojos, el Ejército marxista de Cataluña corre hacia su aniquilamiento.

Frío, lleno de calma, el general siente toda la emoción del verdadero soldado. En la tarde del día 5, pegados los ojos al visor, el general Franco iba señalando a su Estado Mayor los más pequeños incidentes de la batalla:

Hay un combate de bombas de mano en el pico X. Un batallón desplegado recorre los barbechos situados a la derecha.

El Generalísimo de los soldados españoles vivía todos los detalles de la batalla. Comienza de pronto el asalto de una de las cotas, objetivo de la jornada. Los tanques abren la marcha. Detrás, dos banderas españolas avanzan por la cuesta, al frente de la Infantería desplegada. El puesto de mando, silencioso, sigue el avance de las banderas. Por fin quedan clavadas en el pico. Entonces Franco rompe el silencio, y con voz emocionada dice al general Dávila, que está sentado junto a él. «Concedo la Medalla Militar a esos dos valientes.» Y la Medalla Militar fué al pecho de sus ganadores directamente desde el deseo de Franco, participante directo en la batalla. Soldado entre sus soldados.

Al día siguiente, 4 de septiembre, rompe el Cuerpo de Ejército Marroquí sobre el valle de Valdecanalles, a la altura aproximada del kilómetro 6 de la carretera de Gandesa a Villalba de los Arcos, en operación parecida a la anteriormente relatada, encomendada a la 4.^a de Navarra, del general Camilo Alonso Vega, que debía ocupar una posición duramente fortificada por los rojos y continuar la explotación del éxito hacia Corbera. La primera unidad que salta del parapeto camino del fuerte enemigo queda detenida por el fuego. Y se lanza entonces para romper el frente el 6.^º Batallón de San Marcial, el mando del capitán Priamo Villalonga, que ya se había ganado la Medalla Militar individual en Pandols. Es una carrera frenética la de aquellos burgaleses sobre un llano pelado hacia la trinchera roja. Una carrera entre nubes de disparos que conducen a las tropas hasta la trinchera roja en un golpe relámpago. Y desde allí, la persecución del enemigo hacia Corbera, que se ocupa a la



El Generalísimo ante el mapa de operaciones

caída de la tarde, en un movimiento conjunto con fuerzas de la 13.^a División. En la loma del Transformador gana la Medalla Militar el ayudante del 5.^º Tabor de Regulares de Tetuán, teniente Varona, que se cuelga por fuera de un tanque propio, y así dirige la marcha de sus moros hasta la cumbre.

El frente rojo había saltado en un frente de seis kilómetros, y la gran ofensiva podía continuar. Era muy duro el avance, pero la iniciativa estaba totalmente en manos del Ejército nacional, y el desgaste que Franco había decidido infringir al contrario llegaba a su «clímax». El mes de septiembre quebrantaría las últimas reservas rojas del Ejército de Cataluña.

UN ALFEREZ PROVISIONAL



ENTRE el estupendo plantel de muchachos que supieron ganar la gloria militar, caminando a pecho descubierto contra una ametralladora roja, se puede citar el caso —uno heroico entre una muchedumbre de héroes— de Pedro de León y Arias de Saavedra, un joven universitario del S. E. U., uno más entre los alfereces provisionales que esmaltaron los avances del Ebro con su sangre. Encuadrado en las unidades de Flandes, de la 4.^a de Navarra, Pedro de León debía ocupar entre aquel infierno de cordales una posición enemiga y salió al frente de sus hombres con la especial alegría deportiva de los universitarios. Pedro de León sonreía eternamente tras del cristal de sus gruesas gafas de joven



profesor de Filosofía, aun cuando la tribuna de su magisterio hubiese quedado allá en la Universidad de Sevilla. Rápidamente, el enemigo se dió cuenta del avance, aislando con el fuego a los primeros que saltaron hacia la trinchera roja. Pedro de León, con un puñado de valientes, quedó aislado y resistiendo durante todo el día. Herido desde los primeros momentos, su evacuación resultaba imposible, y así vió llegar la muerte, mientras la vida se le escapaba por el boquete de sus heridas. Pedro de León era un intelectual perfecto, un profesor impecable de la Universidad. Y, sin embargo, tuvo la muerte generosa de un soldado. Esa fué su última y gran lección.

HACIA LA VENTA DE CAMPOSINES



OS del Maestrazgo, después de su ruptura por los Gironeses, continuaron el avance hasta la dominante cota 565, aupada sobre el paisaje como una proa de piedra que marca cierta pequeña pausa en el avance; mientras, los marroquíes, alternándose con la 4.^a de Navarra y la 13.^a en la iniciativa del ataque, van ocupando los espolones perpendiculares a la carretera que forman el relieve de aquel terreno. Son maniobras penosas, donde el enemigo se defiende muy bien aprovechando el despliegue geológico, que opone al avance constantemente, en sentido perpendicular, un cordal al que resulta preciso atacar en las peores condiciones imaginables; porque al salir de las líneas propias resultaba imprescindible bajar primero y luego subir en un asalto frontal. Y las abundantes máquinas automáticas del enemigo tenían así tiempo sobrado para encarnizarse sobre las tropas de asalto. En especial los días 18, 19 y 20 de septiembre sufren estas fuerzas sensibles bajas, para ocupar el cordal penúltimo, en su marcha hacia la Venta de los Camposines. La cota 496 es la más alta del sistema, y hacia ella se lanzan las fuerzas de la 13.^a en una operación en la que, previa-



mente, siguiendo ese ritmo de ataques frontales, había maniobrado la 4.^a Los de la 13.^a realizaron su acometida en una dirección paralela al eje longitudinal del cordal, consiguiendo así filtrarse en una serie de acciones casi milagrosas, a cargo de las estupendas unidades de la División. Allí muere el capitán Nájera, de Tiradores de Ifni, y el comandante de Regulares Matéu. También cae el teniente Borghese, de la 4.^a Bandera de la Legión. Los avances continúan hasta conseguir la ocupación de la cota 282, que domina la Venta de los Camposines a tiro eficaz de fusil, cumpliendo el último objetivo de la acción a finales de un mes trágico como ninguno. De un mes que en sus treinta días había arrastrado un insufrible tributo de muerte.

Al otro lado de la carretera, después de su detención en la cota 565, la 1.^a de Navarra tropieza, antes de penetrar en la sierra de Lavall, con una posición roja casi inexpugnable. Allí fracasan los ataques de las mejores unidades de la División, chocando de frente contra un castillete de sacos terreros y profundas fortificaciones, que cierran el paso a la sierra de Lavall con llave segura. En la operación se desangra la generosidad de aquellas bravas unidades, hasta que de nuevo la 5.^a Bandera de la Falange de Navarra consigue apoderarse, en una hábil maniobra, de las cotas situadas más allá de dicha posición, que cae por envolvimiento. Y es entonces cuando la 5.^a Bandera de la Legión, en un golpe impresionante, ocupa la totalidad de la sierra de Lavall, yendo también por su sector, sobre la Venta de los Camposines, que quedaba prácticamente incluida dentro de la línea nacional. Era exactamente el 2 de octubre. Y la batalla de desgaste había llegado a su final. Faltaba ahora el golpe de gracia al frente enemigo, desalojando las fuerzas debilitadas por las tremendas ofensivas.





LA OFENSIVA FINAL

EL 24 de octubre se reparte a las grandes unidades del Ejército nacional, desplegadas en el frente del Ebro, la «Instrucción general número 44», donde se dibujaba la maniobra final, aconsejando «utilizar la actual posición desbordante del flanco derecho para reducir, mediante un enérgico ataque, la bolsa formada sobre el Ebro en la región de Pinell, batiendo y destruyendo a las fuerzas enemigas que en ella actúan».

Para ello, la citada Instrucción general preveía un ataque frontal contra la sierra de Caballs, el más grave bastión rojo y el de más difícil acceso, partiendo bravamente desde las posiciones ocupadas a lo largo de la sierra de Lavall, paralela a la de Caballs e inferior con mucho en la altura. Para semejante operación de ruptura se eligió a la estupenda 1.^a de Navarra, que durante unos días del mes de octubre, desde que se alcanzó la línea de Campsines, estaba siendo reorganizada para tan alta empresa, y cuyo jefe, el general García Valiño, describe de esta manera la operación:

Dueño el enemigo de las sierras de Pandols, Caballs y la Picosa, poseía todos los observatorios sobre la vega de Gandesa; ningún movimiento de tropas podía pasarse inadvertido; era, por tanto, indispensable hacerse dueño de ellos para



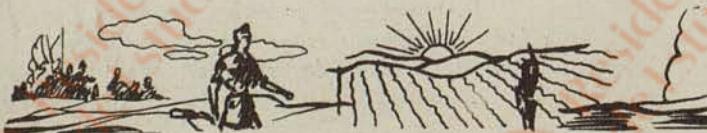
iniciar la maniobra que había de expulsar del lado de acá del Ebro a tan contumaz adversario.

La segunda quincena de octubre se invirtió en el despliegue artillero que apoyaría la conversión al Sudeste de las tropas del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, encargadas de la difícil y arriesgada empresa; despliegue que por las apuntadas circunstancias hubo de ser metódico, lento y efectuado por la noche. El 30 de octubre, elegida la zona de ruptura en el extremo norte de la sierra de Caballs, concentróse en kilómetro y medio de frente, durante tres horas, la más potente masa artillera de la guerra: 175 piezas de artillería nacional, de calibre comprendido entre 74 y 260 milímetros, más la masa artillera legionaria. Las armas de acompañamiento de Infantería, acumuladas en aquel sector en número extraordinario, y fuertes bombardeos de aviación completaron la obra artillera. La Infantería de la 1.^a División de Navarra se lanzó furiosamente al ataque en plena preparación, coronando las primeras crestas de Caballs a los pocos minutos de terminar aquélla, capturando unidades enteras enemigas, que, acogidas a sus refugios, estaban anonadadas ante aquella lluvia de hierro y explosivos.

Completada con rapidez la maniobra de la sierra de Caballs, el cerro de San Marcos y la sierra de Pandols cayeron por envolvimiento. Al tercer día de ofensiva eran de España las posiciones claves de la región.

Así describe el general que dirigió directamente las operaciones aquella sensacional maniobra. Pero resulta imprescindible decir que durante la concepción de la idea capital se combinaron en el Alto Mando nacional, junto a la acostumbrada sagacidad militar, una dosis alta de imaginación, que podríamos llamar casi literaria, aplicada al campo de batalla, porque es claro como la luz del sol que atacar de frente una posición dominante, levantada sobre el nivel geográfico de las trincheras nacionales más de 300 metros efectivos —Caballs sobrepasa los 600 metros de cota, 660 mide el vértice y el valle que la cerca apenas roza los 300—, cuando realmente en aquellas calendas sangrientas cualquier movimiento representaba un tributo espantoso de sangre, no cabe duda que significa disponer de una imaginación castrense literalmente admirable, junto con una confianza en las propias fuer-

Galera





Arcos

zas tan admirable por lo menos. Visto el frente en su totalidad, ningún objetivo más inalcanzable que el áspero corte de Caballs. Y, sin embargo, por allí se lanzó la Infantería de la 1.^a de Navarra a las órdenes del coronel Mizzian, empujada por una celeridad donde se esconde el secreto de la operación táctica. Las subidas de los moros de la mehalla encargada de romper el frente fué una de las páginas más brillantes y posiblemente la más decisiva de aquella campaña. Como hermanos del rayo se dibujaron los moros en la cresta de Caballs, milagrosamente conquistado, y todas las unidades de la División les siguieron de cerca para explotar el éxito inverosímil de la operación. Desde Caballs, las fuerzas del Maestrazgo confluyeron con las de la 84.^a, situados en Pandols, cayendo sobre el pueblo de Pinell para seguir hasta Mora de Ebro, ya en el mismo río, hasta atacar el vértice de Picosa de Sur a Norte, invirtiendo la dirección habitual de nuestros avances hasta entonces y desmantelando el frente adversario en su totalidad.

El Cuerpo de Ejército Marroquí, desde Villalba de los Arcos, caminó hacia Ribarroja, ocupando Flix y restableciendo la línea de nuevo en el cauce del río.

EL TREMENDO BALANCE

PRÁCTICAMENTE, las operaciones se cumplían con precisión matemática y la resistencia era débil en proporción a la que los rojos habían ofrecido meses antes. El 16 de noviembre, la línea volvía a su antiguo trazado, después de ciento quince días de batalla, donde dos Ejércitos poderosos lucharon con todos los recursos de la guerra moderna. Pero de aquel gigantesco combate había salido el final militar de la guerra, porque los rojos no pudieron reponer las tremendas cicatrices sufridas en sus cuadros más escogidos. El balance aproximado de bajas rojas durante aquel centenar largo de días nos ofrece las siguientes espantosas cifras, según cálculo de Manuel Aznar:





Prisioneros y evadidos.....	19.563
Muertos.....	19.563
Heridos no recuperables.....	17.607
Heridos recuperables.....	41.082
<i>Total.....</i>	<i>97.815</i>

Lo que totaliza los cien mil hombres como bajas de las operaciones en las fuerzas rojas de Modesto, cantidad más que suficiente para anular en la práctica el poder combativo de las unidades comprometidas en aquella campaña, donde no sólo el número de bajas fué tan considerable, sino que el propio cuadro de mandos de las grandes unidades adversarias quedó resquebrajado y deshecho, como ya hemos visto, a través de los cambios de mandos impuestos durante el combate por la ineptitud de los jefes. Todo ello representaba el desmoronamiento de un sistema y la promesa de ciertas facilidades para continuar la ofensiva, cara a la frontera francesa de Cataluña, apoyando nuestro avance en el debilitamiento innegable de la guarnición roja. A los treinta y tantos días, Franco volvía a tomar la iniciativa militar en la cabeza de puente de Serós, atacando Cataluña con la masa ingente de sus fuerzas. Operación que, en cierto sentido, venía a ser la explotación moral del éxito conseguido en el Ebro y como su premio.

Pero tan alto fruto venía madurado sobre la sangre generosa de todos los caídos, sobre la hazaña diaria de unos soldados que combatieron contra otros soldados tan valerosos como ellos mismos, que luchaban equivocada pero audazmente por «su» idea.

UN PADRENUESTRO POR TODOS...



E todo aquello han pasado quince años. Quince largos años, con todo su inevitable cortejo de dolores, de esperanzas en flor, de ilusiones tronchadas unas y otras victoriosas. Pero es preciso recordar cómo todo lo que España ha llegado a ser vino a surgir entre las viñas del Ebro, bajo la menuda copa de los avellanos talados por la metralla. La realidad de España nació allí, sobre aquel heroísmo tan limpiamente regalado, sobre la sangre de sus mejores hombres, de los que en rápida sucesión han desfilado ante vuestros ojos con el relato casi telegráfico





de sus hazañas. Ellos lo hicieron sin pedir nada a cambio. Nosotros debemos desde ahora el recuerdo piadoso de un Padrenuestro. De un Padrenuestro por todos. Por los héroes del Ejército nacional... y por los otros. Por los pobres equivocados, que sólo conservaron de su buena estirpe de españoles el tesoro de la valentía. Porque eso debe advertirse lealmente: la batalla del Ebro fué la batalla de dos Ejércitos valientes. Y de aquella terrible prueba del fuego nació esta venturosa España en paz, que recuerda puntualmente el mandato solemne de los muertos.





"LA BATALLA DEL EBRO"

CANCION-MARCHA DEL FRENTE DE JUVENTUDES

I

Las escuadras azules de la España inmortal
marchan en alas de su afán.
Y tus aguas, venero de nobleza sin par,
marcan su alegre caminar.

Y por tierras heroicas de Castilla,
Cataluña, Navarra y Aragón,
el laurel de tu gloria sin mancilla
de Fontibre a Tortosa floreció.

El Pilar, santuario de la fe,
es el norte de la Hispanidad,
y la «jota» es el grito de victoria,
recio canto de firme lealtad.

Cuando viertes al mar tu tesoro,
los luceros te prestan fulgor.
Son caídos de las luchas gloriosas de ayer
que hacen su guardia cara al sol.

II

Los clarines anuncian la batalla triunfal,
truena en los valles el cañón.
Los infantes se lanzan al asalto final,
mientras se reza una oración.

Un Caudillo, de espada victoriosa,
los laureles del triunfo consiguió
con la sangre de héroes que grabaron
magna gesta en Gandesa y Escatrón.

Y al brillar un nuevo amanecer,
surca el aire un épico cantar.
Es el triunfo de la naciente España,
que clavó su bandera junto al mar.

Cuando viertes al mar tu tesoro,
los luceros te prestan fulgor.
Son caídos de las luchas gloriosas de ayer }
que hacen su guardia cara al sol } (bis)





SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE FOLLETO
EL DIA DE LA ASUNCION DE NUESTRA
SEÑORA DEL AÑO 1953 EN LOS TALLERES
DE PRENSA GRAFICA, DE MADRID, EDITA-
DO POR LA AYUDANTIA NACIONAL DE
LAS FALANGES JUVENILES DE FRANCO

Residencia
de los estudiantes



Por el Imperio, hacia Dios.

¡Viva Franco!

¡Arriba España!



Residencia
de los estudiantes



Residencia
de los estudiantes

Residencia
de los estudiantes

